

Capítulo VI

El mestizaje en América

Un pesado tabú gravita sobre la palabra y el tema *raza*. La explicación y la justificación de ese tabú se encuentran en el *racismo* y más particularmente en los actos brutales y crueles a que dio lugar inmediatamente antes y durante la segunda guerra mundial, actos que tan profundamente conmovieron la consciencia de la humanidad.

El racismo, en general, es la tendencia a considerar todas las formas de cultura como manifestación de determinadas cualidades raciales, y, en un sentido más restringido, es la ideología que sirvió de instrumento político al *nacionalsocialismo* (nazismo) entre 1933 y 1945. Esta ideología ve en la raza el valor supremo, el sujeto en que el ser toma consistencia, y afirma la supremacía de la raza aria así como el consiguiente deber de mantenerla pura evitando sobre todo la contaminación semítica.

La tendencia y la ideología racistas pueden ubicarse en las cercanías de una especie de disciplina científica llamada *antropo-sociología* que se desarrolló sobre todo en la segunda mitad del siglo pasado y, en base a estudios morfológicos, antropométricos y psicológicos, formuló una doctrina que intenta determinar las relaciones entre los portadores de ciertos rasgos antropológicos, morfológicos y psíquicos, y las categorías sociales a las cuales pertenecen. Se considera como primer representante de esta disciplina a Joseph-Arthur de Gobineau (1816-1882), filósofo francés de la historia, quien entre 1853 y 1855 publicó un famoso libro en cuatro volúmenes, “*Essai sur l'inégalité des races humaines*”, en el cual pretende explicar toda la historia de la humanidad recurriendo al principio étnico como principio unitario y total de interpretación, dando así lugar a un monismo etnológico dentro de la filosofía de la historia. Según Gobineau, hay razas superiores y razas inferiores, razas masculinas inclinadas a la organización estatal, razas femeninas inclinadas al arte, razas diferentes con valores propios, razas que en el curso de la historia luchan e inevitablemente se mezclan y al mezclarse degeneran. Para Gobineau, la raza superior, la raza aria, ya había mancillado su sangre en la época de Cristo, de manera que toda la historia de la humanidad no era sino la marcha ineluctable hacia una nivelación degenerada en que ya no habría naciones, sino grupos desorganizados de hombres semibestiales. La cuestión étnica es, pues, según Gobineau, la clave para comprender todos los problemas de la historia¹⁸⁶.

H.S. Chamberlain (1855-1927), alemán de origen inglés, se inspiró en Gobineau para sostener que los teutones, dolicocefalos rubios, han creado la civilización occidental valiéndose de la poesía, del arte y de la filosofía de los griegos, del derecho y de la política de los romanos, y de los sentimientos religiosos judeocristianos. Este pensador, que también fue musicólogo y se casó con la hija de Ricardo Wagner, sostenía, a diferencia de Gobineau, que la mezcla racial es a veces positiva y atribuía a la influencia de la sangre germánica los logros culturales de otros pueblos¹⁸⁷.

Así se pusieron las bases del imperialismo pangermánico y del racismo nazi. Sobre tales bases se desarrolló una *Weltanschauung* monístico-biológica que distinguía entre razas superiores y razas inferiores, y se sentía obligada, como escribió Hitler, “a exigir, en

¹⁸⁶ Cfr. J. A. de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines*, 6ª ed., en 2 vol., París 1933, vol. I, parte VI.

¹⁸⁷ Cfr. Houston Stewart Chamberlain, *Die Grundlagen des XIX Jahrhunderts*, Munich, 1899, parte I, cap. 1 y 3.

conformidad con la eterna voluntad que domina al Universo, la victoria del mejor y del más fuerte, la subordinación del peor y del más débil”¹⁸⁸. La justificación teórica más profunda de esta concepción obra de A. Rosemberg (*Der Mito des 20. Jahrhunderts*, 1933) y su aplicación pedagógica de A. Bäumlér (*Politik und Erziehung*, 1936).

Hemos antepuesto a la discusión del mestizaje en América esta breve noticia sobre el racismo, con el objeto de distanciarnos claramente de esa concepción del hombre y reiterar nuestra convicción de que los grupos humanos son diferentes, pero no inferiores o superiores; son diferentes, en cuanto a la manera peculiar de interpretar la luz “que alumbra a todo hombre que viene a este mundo”. De esa interpretación surgen la forma específica que cada uno tiene de resolver sus problemas vitales, la dirección de sus búsquedas y el estilo de sus creaciones. El hecho de que algunos se consideren superiores, obedece a una deformación perspectivica intensificada por prejuicios axiológicos.

El tabú que pesa sobre la palabra y el tema *raza* explicando y justificando por la mítica aberración racista y sus consecuencias presenta, sin embargo, la desventaja teórica y práctica de todo tabú: impide el estudio estrictamente científico del objeto tabuado y favorece la permanencia soterrada del error o peligro que trata de evitar. Así, es observable entre nosotros que, mientras se presta servicio verbal a la idea de que todos los hombres son iguales, se mantiene en secreto un racismo vergonzante que aflora en expresiones aparentemente inocentes (negro pero honrado, el indio acata tarde pero acata, etc.), o en los insultos dictados por la ira (le salió lo negro, cuando no sale se asoma, etc.), sin contar la explícita discriminación de las leyes de inmigración.

Un examen abierto de la cuestión pondría de manifiesto la falacia del racismo, por una parte, y la ambigüedad de la palabra igualdad por la otra. Los hombres y los pueblos son iguales, porque tiene iguales derechos, cuya formulación más clara hasta ahora y más autorizada por el número y calidad de los declarantes, es la *Declaración Universal de Derechos Humanos*, proclamada por las Naciones Unidas; entre las conquistas futuras de la humanidad está el establecimiento de un régimen jurídico planetaria que garantice esos derechos. Pero no son iguales en cuanto al tipo de cultura que han desarrollado como pueblos, ni en cuanto al quehacer individual, pues en estos aspectos la variedad es grande debido a la idiosincrasia de cada uno, expresada en la manera de asumir las herencias y utilizarlas en el ámbito que Necesidad y Libertad dejan abierto para la actividad humana.

El factor más característicos en la formación de América Latina, su nota específica, podríamos decir, es el mestizaje. Tres razas, la ibérica, la india y la negra se mezclaron en gran escala. Tres razas en extremo diferenciadas, inconfundibles, con caracteres somáticos, psíquicos y mentales muy diversos. O prescindiendo de la palabra raza que puede dar lugar a malentendidos, y viendo la cuestión desde otro ángulo antropológico: tres tipos culturales diferentes, tres idiosincrasias heterogéneas, tres *Weltanschauungen*¹⁸⁹.

¹⁸⁸ Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Munich, 1925, p. 20.

¹⁸⁹ Se acostumbra dejar la palabra *Weltanschauung* (plural *Weltanschauungen* es el conjunto de ideas que un hombre o un pueblo tiene acerca de la constitución del mundo y su puesto en él; es la impresión de conjunto que le produce su enfrentamiento con el mundo, impresión elevada a la consciencia por medio del lenguaje. Cfr. Robert Reininger, *Metaphysik der Wirklichkeit*, 2 tomos, Wilhelm Braumüller, Viena, 1948, tomo II, pp. 186 y ss. Las traducciones “concepción del mundo” y “cosmovisión” son incompletas, expresan sólo un aspecto del concepto contenido en *Weltanschauung*.

El estudio más completo y reciente que conocemos sobre este tema, enfocado desde un punto de vista histórico demográfico, es el excelente libro en dos volúmenes de Angel Rosenblat: “La Población Indígena y el Mestizaje en América”.

Rosenblat ve las causas del mestizaje en la carencia de prejuicios raciales por parte de españoles y portugueses, en el hecho de que la conquista y la colonización fueron obra de hombres solos, y en la imposibilidad de conquistar y colonizar tan vasto territorio sin la formación de una generación de mestizos que engrosara el reducido número de expedicionarios peninsulares y los ayudara en su empresa¹⁹⁰.

En la historia del mestizaje se pueden distinguir tres períodos: a) Un período inicial en que los conquistadores se unieron con las indias y engendraron mestizos que, o bien permanecieron con las madres y fueron educados y absorbidos por la comunidad indígena, o bien fueron incorporados a la clase social de los padres y, en muchos casos, se emparentaron con la nobleza española. Más tarde, el número de mestizos creció tanto que ya no pudieron ser asimilados y empezaron a constituir una nueva clase con características y problemas propios. La llegada de los esclavos negros, que inmediatamente participaron en la mezcla racial, introdujo al tercer elemento étnico. Se formó así, en la población americana, una serie numerosa de tipos, diferentes unos de otros de acuerdo con el grado de participación en las tres sangres. Esto condujo al segundo período: b) Al consolidarse la sociedad colonial y al organizarse jurídica y administrativamente bajo la dirección de funcionarios venidos de la Península, se establecieron distinciones basadas en la mayor o menor pureza de sangre y se estructuró un sistema de castas en el cual los españoles metropolitanos ocupaban los primeros puestos. Para recordar al lector la pintoresca nomenclatura de las castas, copiamos a continuación una de las clasificaciones recogidas por Rosenblat¹⁹¹:

Primer Grado:

Blanco x negro : mulato.

Blanco x indio: mestizo¹⁹².

Negro x indio: zambo, lobo o chino (en México).

Segundo Grado:

Negro x mulata : zambo, grifo o cabro.

Negro x china: zambo.

Blanco x mulata: tercerón o morisco.

Blanco x mestizo: cuatralbo, castizo.

Indio x zambo: zambaigo.

Indio x mestizo: tresalbo.

Indio x mulato: mulato prieto.

Negro x zambo: zambo prieto.

Tercer Grado:

Blanco x tercerón: cuarterón, albino.

¹⁹⁰ Cfr. Angel Rosenblat, *La Población indígena y el Mestizaje en América*, 2 tomos, Edit. Nova, Buenos Aires, 1954, tomo “, pp. 9, 13 y 15.

¹⁹¹ Ibid., pp. 175-176. Es el cuadro que da J.J. Virey en su *Histoire naturelle du gente humain*, 1ª ed., 1809 (2 vol.).

¹⁹² Este es el sentido estricto de la palabra mestizo (hijo de español con india); cuando la usamos en este capítulo, le damos su sentido más amplio, para designar a todos los habitantes de Latinoamérica que en cualquier medida participan de las tres razas.

Blanco x castizo: postizo u octavón.

Blanco x cuatralbo: postizo y octavón.

Cuarto Grado:

Mulato x tercerón: salta atrás.

Mestizo x cuarterón: coyote.

Grifo x zambo: jíbaro.

Mulato x zambaigo: cambujo.

Blanco x cuarterón: quinterón.

Blanco x octavón indio : puchuelas.

Blanco x coyote : harnizos.

Blanco x cambujo: albarazado.

Blanco x albarazado: barzinos.

Negro x tercerón: cuarterón salta atrás.

Negro x cuarterón: quinterón salta atrás.

La nomenclatura más rica encontrada por Rosenblat consta de 52 nombres; fue elaborada gráficamente por Nicolás León¹⁹³ con noticias recogidas en diversos autores, sobre México y América del Sur, de los siglos XVI, XVII y XVIII; la parte gráfica del trabajo de León precisa los porcentajes sanguíneos de las distintas mezclas.

Algunos de esos nombres son palabras corrientes de idioma, que en este contexto adquieren una especialización semántica (*lobo, cabro, postizo*); otros corresponden a nombres de pelajes (*grifo, albarazado, prieto, barcino, cuatralbo*: caballo con las cuatro patas blancas, *tresalbo*: caballo con tres patas blancas); otro como *cambujo*, proceden de la nomenclatura del cruce de animales; otros, en fin, son creaciones pintorescas (*salta atrás*, porque es más oscuro que la madre, *tente en el aire y ahí te estás*, porque en dos planos distintos ni adelantan ni retroceden en la escala de colores). Ante la nomenclatura de las castas, ¿cómo no recordar a Amado Alonso?¹⁹⁴ Nos encontramos frente a un sistema de palabras en el cual cada una limita a las demás de acuerdo con un principio unitario de clasificación: la importancia dada a la pureza de sangre y, por ende, al mayor o menor alejamiento del tipo blanco. Nos encontramos frente a una forma interna del lenguaje sostenida por un centro de interés vital. Al disminuir la fuerza de ese centro o desaparecer, las palabras se disgregan, el sistema se desarticula: fue lo que efectivamente ocurrió después de las guerras de independencia.

La organización jerárquica de la sociedad colonial en base a la pureza de sangre, culminó el siglo XVIII y fue el régimen colonial español quien designó los resultados de la mezcla de razas con el nombre de *castas*; la legislación indiana precisó los deberes y derechos de cada una de ellas y la sociedad o ciertos sectores de ella se erigieron en celosos guardianes de la distinción racial¹⁹⁵. A la distinción verbal correspondía, pues, una distinción real. La pertenencia a una determinada casta determinaba no sólo el puesto de cada individuo en la sociedad, sino toda una red de grandes y pequeños derechos, privilegios, restricciones, prohibiciones, por ejemplo: si podía llevar armas, cierto tipo de indumentaria o un bastón; si

¹⁹³ Nicolás León, Las cartas de México colonial o Nueva España, México, 1924, Apud Rosenblat, op. cit., pp. 177-79.

¹⁹⁴ Vide supra — discusión de la nomenclatura gauchesca para los caballos.

¹⁹⁵ Rosenblat, op. cit., tomo II. Pp. 133-134.

podía andar a caballo o cambiar de domicilio; si podía ingresar al ejército o a las órdenes religiosas; si podía arrodillarse sobre las alfombras de la iglesia; si podía aprender a leer y escribir; si podía dar a su mujer adornos de oro y plata, y, en caso positivo, qué tipo de adornos, etc., etc.¹⁹⁶. El puesto más alto lo ocupaba el español blanco nacido en España, el más bajo correspondía al negro nacido en África. Hacia fines del siglo XVIII, el sistema de castas mostraba una marcada tendencia a convertirse en un sistema de diferencias económicas, pues la calidad jurídica de *blanco* podía comprarse; pero la vigilante conciencia racista no dejaba de señalar a los advenedizos.

La disolución del sistema de castas tuvo dos causas principales: Por una parte, como señala agudamente Rosenblat, la misma causa que contribuyó primariamente a formarlo, i. e., el crecimiento de la población mestiza; el número de tipos étnicos aumentó tanto que ni siquiera una nomenclatura de 52 nombres bastaba para clasificarlos adecuadamente, y se hizo progresivamente más y más difícil determinar el porcentaje de participación de las tres razas en la constitución étnica de cada uno. Por otra parte, la gran mayoría de los patriotas que combatieron y vencieron el poder español en las guerras de independencia era mestiza. Las declaraciones de independencia abolieron oficialmente el sistema de castas y la convivencia y solidaridad en la lucha contra el español lo destruyeron en la práctica; los movimientos caudillistas, guerras civiles y “revoluciones” posteriores a la independencia, aceleraron la fusión de todas las capas de la población y la encaminaron hacia una homogeneidad étnica aún no lograda plenamente¹⁹⁷.

Así comenzó el tercer período en la historia del mestizaje americano: c) Este período, el actual, se caracteriza por la ascensión de los mestizos al poder político y a los más altos puestos en todos los campos de la vida social, artística, científica u literaria de Iberoamérica. De la nomenclatura formidable del sistema de castas, así como de la actitud que la sostuvo no quedan sino restos dispersos; además de *blanco*, *indio*, *negro* no se usan sino términos como *moreno*, *trigueño* reforzados por los adjetivos *claro*, *oscuro* a veces acompañados del adverbio *muy*, pero con tendencia generalmente eufemística.

¿Cuál es, desde un punto de vista demográfico, el estado actual del mestizaje e Iberoamérica? Para el año 1950 tenían México, las Antillas, Centroamérica y América del Sur, dentro de una población total de 161.760.025 habitantes, 14.334.642 indios, 13.749.111 negros y 61.667.302 mestizos¹⁹⁸. El valor de estas cifras es aproximado; por una parte, la inexactitud y el anacronismo del sistema estadístico de algunos países, por la otra la ambigüedad en el significado de las designaciones aplicadas (se entremezclan en la estadística el criterio antropológico, el cultural y el social) alejan los cálculos de la exactitud matemática que deberían tener¹⁹⁹. El laborioso y paciente trabajo de Rosenblat nos permite, sin embargo, tener una noción, la más aproximada dentro de lo posible, de la composición actual de la población latinoamericana.

¹⁹⁶ Con acribia científica nos suministra Rosenblat abundante información al respecto: Rosenblat, op. cit., tomo II, pp. 135-168 passim.

¹⁹⁷ Ibid., tomo II, pp. 12 y 185.

¹⁹⁸ Ibid., tomo I. Cuadro de Población N° 1. la población Americana en 1950, frente a la p. 20 Hemos reunido las cifras correspondientes a mestizos (sentido estricto) y mulatos bajo la designación mestizos (sentido amplio).

¹⁹⁹ Ibid., tomo I. Pp. 17-19, tomo II, p.187.

¿Cuál es el balance étnico del mestizaje? Las conclusiones de Rosenblat señalan que el mestizaje se produjo a favor del blanco²⁰⁰, que tiende a la formación de un tipo homogéneo mediante la absorción de todas las capas extremas²⁰¹, que avanza por el camino del blanqueamiento progresivo²⁰², que estas dos tendencias se ven favorecidas por el ritmo actual en la marcha del mundo²⁰³ y por la afluencia numerosa de inmigrantes europeos²⁰⁴.

¿Qué sobre el mestizaje desde el punto de vista cultural? Radicalizando la manera de expresarnos y aclarándola posteriormente, podemos decir que, desde este punto de vista, no hubo ni hay mestizaje alguno. Las formas y estructuras culturales de indios y negros fueron desmanteladas, disgregadas, destruidas. Españoles y portugueses acabaron con las culturas indígenas para imponer la propia. Acusarlos de haber obrado así sería incurrir en un anacronismo psicológico: todos los documentos de la época de la conquista y la colonización prueban que no sintieron ni el más mínimo remordimiento, que creyeron actuar de acuerdo con la voluntad de Dios; los que salieron en defensa de los indios nunca propugnaron que se respetara su integridad cultural, se quejaban, dicho en términos modernos, de que no se les diera una mayor participación en la cultura de los conquistadores y de que no se les aplicaran, por lo menos en cierto grado, los criterios axiológicos vigentes entre peninsulares. La resurrección de las culturas indígenas es imposible; todos los esfuerzos que se hacen para ayudar a los indios que todavía existen como tales, tienen a desindianizarlos culturalmente²⁰⁵, ¿qué otra cosa significa la enseñanza de lenguas y religiones europeas, así como la introducción de costumbres y técnicas científicas occidentales? “Casi siempre” escribe Rosenblat, “sobreviven también sus ídolos, sus hechiceros, sus totems y tabús, sus danzas, pero apenas como reliquia de su viejo mundo, como han persistido en Europa a través de veinte siglos de cristianización”²⁰⁶. ¿Qué ha quedado, por otra parte, de las culturas de los esclavos negros? Nada en gran escala, ciertos elementos cúlticos, rituales, lingüísticos incorporados al sincretismo religioso de las Antillas y de algunas zonas del Brasil²⁰⁷.

¿Por qué nadie se asombra del hecho asombrosamente cierto de que al mestizaje étnico efectuado en gran escala en el vasto territorio de América Latina no haya correspondido un mestizaje cultural? Y prescindiendo de todo criterio biológico, ¿cómo es posible o es posible que tan numerosos y variados pueblos indios y negros, moldeados íntimamente por sus

²⁰⁰ Ibid., tomo II, pp. 32-35.

²⁰¹ Ibid., tomo II, p. 188.

²⁰² Ibid., tomo II, p. 187.

²⁰³ “Dado el ritmo actual en la marcha del mundo, el progreso vertiginoso de la técnica y de los medios de comunicación y transporte, la colonización rapidísima de los últimos rincones de cada país, la explotación intensiva de todos los recursos, la tendencia general a la nivelación y la mezcla, la movilización bajo el signo del nacionalismo moderno de todos los habitantes para la paz y la guerra, y su incorporación al movimiento social y político, puede asegurarse una dilución rápida del indio en el mestizo y, posteriormente, del mestizo en el blanco”: Ibid., I, 35.

²⁰⁴ “En el último siglo, la llegada de europeos ha sido seguramente unas diez veces mayor que en los tres siglos y medio anteriores. Y, desde luego, mucho mayor que la cantidad de indios que había en 1492 y la de los negros introducidos por la trata en toda la historia americana. Y aunque la distribución de ese enorme contingente de nuevos colonizadores no ha sido uniforme, nos parece que la inmigración está penetrando hoy hasta en las regiones más apartadas e inaccesibles del continente”: Ibid., II, 187.

²⁰⁵ Ibid., I, pp. 17-35 passim.

²⁰⁶ Ibid., I, p. 33.

²⁰⁷ Vid., Cfr. Alfred Métraux. *Le vaudou haitien*; Hachette, París, 1959, y Roger Bastide, *Les religions primitives au Brésil*, Presses Univ. De France, París, 1960.

culturas respectivas, se hayan convertido así como así en materia prima, amorfa, dócil, dispuesta a ser estructurada por las formas culturales de la Península? ¿No será que el problema ha sido mal planteado con la intención consciente o inconsciente de evitar la repercusión emocional que una visión clara de los hechos produciría? Consideremos el asunto más de cerca, reflexionando sobre el siguiente párrafo de Rosenblat, párrafo que podría constituir un excelente resumen de sus conclusiones:

“El signo de América es la fusión de pueblos y de razas. La población indígena y la de origen africano, tienden a incorporarse a la población general. En algunas regiones esa incorporación es ya casi completa (Argentina, Uruguay, Costa Rica). En las demás, alternan todavía los contrastes más violentos. Pero junto a ellos se encuentran siempre los matices intermedios, con progresiva tendencia al blanqueamiento. Los extremos cuentan cada vez menos numéricamente. La tendencia es la conciliación. Las grandes ciudades modernas, con su afluencia constante del exterior y del interior, con su crecimiento expansivo, contribuyen a moldear en cada país un tipo más homogéneo. Y ese tipo nuevo, en que sobreviven el indio y el africano, se acerca cada vez más al del hombre europeo. La tendencia general es la europeización del continente”²⁰⁸.

Europeización. La estructura morfológica de esta palabra implica la noción de proceso, desarrollo, evolución. ¿Hacia qué? Hacia el tipo del hombre europeo; no hemos llegado, estamos en camino, todavía falta mucho: “El proceso de fusión étnica continúa aún hoy, y continuará seguramente durante varios siglos antes de que se llegue a un tipo relativamente homogéneo”²⁰⁹. ¿Cuál es el punto de partida de ese proceso? La heterogeneidad mestiza, sobre la cual se aplican las formas culturales europeas.

Séanos permitido, pues, llegar al siguiente planteamiento del problema: en América Latina nos encontramos ante un fenómeno humano de doble faz, ante una inquietante dualidad fundamental. Por una parte, las formas de la cultura occidental; por la otra, un substrato psicosocial, producto del mestizaje, en el cual no han penetrado plenamente las estructuras culturales europeas y que con mayor o menor fuerzas se opone a ellas, entorpeciendo su funcionamiento, pero sin tener ni poder crear otras formas, otras estructuras que erigir en defensa de su idiosincrasia.

Este planteamiento un tanto simplista nos permite ganar en claridad, antes de considerar más detalladamente la situación.

Enfoquémosla desde un punto de vista lingüístico. Retengamos mientras tanto dos ideas: a) Si los pueblos latinoamericanos, después de su independencia política hubiesen permanecido ajenos a la continua y poderosa influencia de la cultura occidental, habrían creado culturas propias de acuerdo con su idiosincrasia mestiza; pero las especulaciones sobre lo que pudo haber sido son generalmente infecundas²¹⁰, no fue ése el curso de los acontecimientos, nos tocó una época de nivelación, de internacionalización, de uniformización mundial de la cultura, de avance del pensamiento hacia una consciencia planetaria de la humanidad. b) La clave para comprender lo que América Latina tiene de singular, de diferente, de propio, de específico es el mestizo; quien comprende al mestizo,

²⁰⁸ Rosenblat, op. cit., tomo I, p. 35.

²⁰⁹ Ibid., tomo II, p. 10.

²¹⁰ Excepto en la ficción; piénsese en la concepción de mundos paralelos con bifurcaciones del tiempo, tan fecunda para esa forma literaria.

comprende a Latinoamérica; Salvador de Madariaga lo llama “El centro de todas las ideas, sentimientos, emociones, movimientos a favor o en contra de todo, el único espíritu suficientemente amplio, suficientemente atormentado como para encarnar la historia del Nuevo Mundo Hispánico”²¹¹.

²¹¹ Salvador de Madariaga. *The fall of the Spanish American Empire*, Londres, 1947, p. 108.